**APARECIDA: La Iglesia latinoamericana de cara al tercer milenio**

Por Ir. Roberta Peluso, OSB

Mosteiro da Santíssima Trindade

Santa Cruz do Sul – RS – Brasil

El documento de Aparecida, cuyo redactor final fue el entonces Cardenal Bergoglio, hoy nuestro Papa Francisco, es el fruto de La V Conferencia General del Episcopado de Latinoamérica y del Caribe, ocurrida en Brasil, En el año 2007. Una vez que el XI Encuentro Monástico de Latinoamérica presenta el tema “La vida monástica en tiempo de transformaciones culturales” y que en la ponencia anterior reflexionamos sobre “Cambio de milenio y cambio de época”, intentaré abordar cómo el Documento de Aparecida trata de estos cambios culturales de nuestro milenio naciente, cuando afirma que “vivimos en un cambio de época, y su nivel más profundo es el cultural” (44).

Utilizando el método “ver, juzgar y actuar”, los obispos reunidos en V CELAM detectaron que estos cambios culturales se dan tanto en nivel global como individual: “La realidad social que en su dinámica actual, la describimos con la palabra globalización, antes que otra dimensión, impacta nuestra cultura y el modo como nos insertamos y nos apropiamos de ella”. El Papa Benito XVI ve en la globalización un fenómeno de relaciones de nivel planetario y una conquista de la familia humana, al manifestarse como una profunda aspiración del género humano a la unidad. Sin embargo, para que haya una justa valorización de la globalización “es necesario que haya una comprensión analítica y diferenciada la cual permite percibir sus aspectos positivos y negativos” (61).

Entre los aspectos positivos de este cambio cultural surge el valor fundamental de la persona humana, de su subjetividad y experiencia, que se refleja en nuevas formas de búsqueda del profundo significado de la vida y de la transcendencia. “La necesidad de construir el propio destino y el deseo de encontrar razones para la existencia pueden colocar en movimiento el deseo de encontrarse con otros y compartir el vivido, como una manera de dar a sí una respuesta. Configurase así una afirmación de la libertad personal y, por eso, de la necesidad de cuestionar en profundidad las propias convicciones y opciones” (53). Esta énfasis en la persona abre nuevos horizontes, en los cuales la tradición Cristiana adquiere un renovado valor y comienza a ser direccionada para la experiencia personal y para el vivencial, llevándonos “ a considerar el testimonio como un componente-llave en la vivencia de la fe”(55).

Sin embargo, si no hay preocupación con criterios éticos ni un esfuerzo para garantizar los derechos sociales, culturales y solidarios, “la afirmación de los derechos individuales y subjetivos resulta en perjuicio de la dignidad de todos, especialmente de aquellos que son más pobres y vulnerables. El mundo post-moderno es un mundo secularizado y en él se percibe el riesgo de una excesiva valoración de la subjetividad individual enflaquecer los vínculos comunitarios.

 Así, un gran desafío de nuestras comunidades consiste en equilibrar la nueva noción de individuo traída por la sociedad post-moderna y la propuesta de vida en comunidad característica del cristianismo.

“La vida en comunidad es esencial a la vocación cristiana” (164). Es una dimensión constitutiva del acontecimiento cristiano, pertenecer a una comunidad concreta en la cual se vive una experiencia permanente de discipulado y de comunión. No hay discipulado y misión sin comunión, y esta se da especialmente en las diócesis, en las parroquias, en las comunidades y en las familias. Aun habiendo una tendencia fuerte en la cultura actual de búsquedas espirituales individualistas, la fe en Jesús Cristo nos llega a través de la comunidad eclesial. Esta fe “nos libera del aislamiento del yo, porque nos conduce a la comunión” (156). Dios no quiso salvarnos aisladamente, sino formando un Pueblo. Tal aspecto distingue la experiencia de la vocación cristiana de un simple sentimiento religioso individual.

Una vez que la experiencia de fe es siempre vivida en una Iglesia local, es necesario que nuestros fieles se sientan realmente miembros de una comunidad eclesial, y corresponsables por su desarrollo, lo que permitirá un mayor compromiso y entrega en y por la Iglesia.

Un elemento generador de comunión en la Iglesia es la Liturgia. El Documento de Aparecida afirma que la renovación litúrgica realzó la dimensión celebrativa y festiva de la Fe Cristiana que tiene su centro en el misterio pascual, particularmente en la Eucaristía.

La Eucaristía es la fuente y el punto más alto de la vida Cristiana, su expresión más perfecta y el alimento de la vida en comunión. En la Eucaristía las nuevas relaciones evangélicas que surgen del hecho de que somos hijos del Padre y hermanos y hermanas en Cristo. Los obispos constataron que crecieron las manifestaciones de la religiosidad popular, de la piedad eucarística y de la devoción mariana.

El Documento de Aparecida reconoce que la gran riqueza de nuestros pueblos está en la fe católica, pues “el don de la tradición católica es un cimento fundamental de identidad” (8) de los pueblos de América Latina y Caribe. Infelizmente, “esa preciosa tradición comienza a diluir-se”(38), pues “nuestras tradiciones culturales ya no se transmiten de una generación a la otra con la misma fluidez que en el pasado”(39).

Al lado de la sabiduría de las tradiciones, se localizan ahora, en competición, la información del último minuto, la distracción, el entretenimiento, las imágenes. En este sentido, el Documento alerta del peligro de los medios de comunicación de masa que introducen en la sociedad “un sentido estético, una visión acerca de la felicidad, una percepción de la realidad y hasta un lenguaje, que se quieren imponer como una auténtica cultura”(45). Sin embargo, su superficialidad “destruye lo verdaderamente humano que hay en los procesos de construcción cultural, que nacen del intercambio personal y colectivo” (45). Se verifica “una especie de nueva colonización cultural por la imposición de culturas artificiales, despreciando las culturas locales y con tendencia a imponer una cultura homogeneizada en todos los sectores. Esta cultura se caracteriza por la auto-referencia del individuo” (43).

La Iglesia ha sido a lo largo de su historia en el Continente Latino Americano, creadora y animadora de cultura. Acordó el Papa Benito XVI, en su discurso inaugural, que “la fe en Dios ha animado la vida y la cultura de estos pueblos durante más de cinco siglos”(478). La valorización de las diversas culturas que forman nuestro Continente Latino-americano y que coexisten en condiciones desiguales con la llamada cultura globalizada, exigen reconocimiento, pues cargan dentro de sí valores tales como la familia, el espirito comunitario, la apertura a la transcendencia y la solidaridad. “Estas culturas son dinámicas y están en interacción permanente entre sí y con las diferentes propuestas culturales”. (57) Ellas constituyen una respuesta a los contra-valores divulgados por los medios comunicacionales de masas.

En el Documento de Aparecida, la fe católica aparece como un vínculo entre los pueblos de América Latina y del Caribe, pues mantiene la identidad religiosa y cultural de estos pueblos de cara a los aspectos negativos de los cambios de nuestra época. Los obispos afirman que la Iglesia tiene “la gran tarea de proteger y alimentar la fe del pueblo de Dios y recordar a los fieles de este Continente que, en virtud de su bautismo, ellos son llamados a ser discípulos y misionarios de Jesucristo” (10). De cara a los desafíos y exigencias traídos por un nuevo periodo de la historia, “la Iglesia es llamada a repensar profundamente y a relanzar con fidelidad y audacia su misión en las nuevas circunstancias latino-americanas y mundiales... Se trata de confirmar, renovar y revitalizar la novedad del Evangelio radicada en nuestra historia a partir de un encuentro personal y comunitario con Jesucristo” (11).

La evangelización de la actual cultura post-moderna requiere la construcción en el interior de la Iglesia y fuera de ella por medio de la pastoral, de discursos, de prácticas, de ejemplares y de símbolos, un imaginario que exprese la creación de un nuevo paradigma cultural, que eleve en consideración los cambios positivos de la época actual. Como reflejó el Papa Benito XVI: “Las auténticas culturas no están cerradas en sí mismas ni petrificadas en un determinado punto de la historia, pero están abiertas, más aún, buscan el encuentro con otras culturas, esperan alcanzar la universalidad en el encuentro y en el diálogo con otras formas de vida y con los elementos que puedan llevar a una nueva síntesis, en la cual se respete siempre la diversidad de las expresiones y de su realización cultural concreta.” En esta nueva etapa evangelizadora, es preciso que la Iglesia esté abierta para el diálogo, favoreciendo nuevas formas de discipulado y misión.

La Iglesia reconoce su responsabilidad en formar cristianos y sensibilizarlos acerca de las grandes cuestiones de la justicia internacional, así como formar en la ética cristiana con miras al bien común, de la lucha contra la corrupción, de la vigencia de los derechos humanos y del trabajo, y de la creación de oportunidades sociales para todos. Esta formación debe ser integral, querigmática y permanente (279) y contemplar en el ser humano las dimensiones humana y comunitaria, espiritual e intelectual, pastoral y misionaria. Es importante emplear esfuerzo y creatividad en la evangelización y en la formación de pensadores y de personas que estén en los niveles de decisión, para que una cultura de la responsabilidad envuelva personas, empresas, gobiernos y el propio sistema internacional (406). Para que haya una globalización de la solidaridad, la Iglesia llama a todos los hombres y mujeres de buena gana a colocar en práctica principios fundamentales del bien común, de la ética y de la justicia. En este sentido, los obispos reconocen el valor de la Doctrina Social de la Iglesia.

Por otro lado, se presenta un mejor discernimiento en relación a las tendencias ideológicas, y se han fortalecido la responsabilidad acerca de las verdades de la Fe. Delante de la falsa visión de una incompatibilidad entre fe y ciencia tan difundida en nuestros días, la Iglesia proclama que la fe no es irracional. Fe y razón son dos alas por las cuales el espíritu humano se eleva en la contemplación de la verdad, y la cultura, el suelo en que la raíz de la identidad se profundiza.

 Los obispos reunidos en Aparecida reconocen que los pueblos latino-americanos y caribeños esperan mucho de la vida consagrada, especialmente de “su testimonio de la absoluta primacía de Dios y de su Reino” (219). La vida consagrada se expresa en la vida monástica, contemplativa y activa, en los institutos seculares, en las sociedades de vida apostólica y otras nuevas formas. Haciendo de la vida comunitaria y de sus obras lugares de anuncio del Evangelio, principalmente a los más pobres. Según sus carismas fundacionales, los consagrados y las consagradas colaboran con la gestación de una nueva generación de cristianos y de una sociedad en la cual se respete la justicia y la dignidad de la persona humana. La vida consagrada es llamada a ser especialista en comunión, tanto en el interior de la Iglesia cuanto en el interior de la sociedad. Para tanto es necesario un profetismo al servicio del mundo, y una vida apasionada por Jesucristo.

Nuestro Continente posee una de las mayores biodiversidades del planeta y una rica socio-diversidad, representada por sus pueblos y culturas. América Latina se está concientizando en que la naturaleza es una herencia gratuita que recibió para proteger, un espacio precioso de la convivencia humana y una responsabilidad cuidadosa de la primacía del ser humano para el bien de todos. Esta herencia muchas veces se manifiesta frágil e indefensa delante de los poderes económicos y tecnológicos. Los obispos advierten que la creciente disputa territorial de la sociedad pan-amazónica, que es pluriétnica, pluricultural y plurirreligiosa, puede servir de pretexto para la internacionalización de la Amazonia, lo que serviría a los intereses económicos de las corporaciones internacionales. La Iglesia al servicio de la vida plena y la defensa de la cultura de la vida, insiste en que, en las intervenciones humanas en los recursos naturales, no predominen los intereses de grupos económicos que arrasan irracionalmente las fuentes de vida, en perjuicio de naciones enteras y de la propia humanidad. “Las generaciones que nos sucederán tienen derecho a recibir un mundo habitable” (471), y no un planeta con aire contaminado, con aguas envenenadas y con recursos naturales agotados. El momento actual nos pide una corresponsabilidad en el cuidado con la Vida.

La Iglesia Católica en América Latina y en el Caribe, a pesar de sus deficiencias y ambigüedades, ha dado testimonio de Cristo, anunciado su Evangelio y ha ofrecido su servicio de caridad principalmente en el esfuerzo por promover la dignidad humana en los campos de la salud, de la economía solidaria, de la educación, del trabajo, del acceso a la tierra, de la cultura, de la habitación y asistencia, entre otros. La Iglesia reconoce los rostros sufridores de los hombres y mujeres callejeras, de los migrantes, de los enfermos, de los dependientes de drogas, detenidos en las prisiones, entre otros. Con su voz, unida a la de otras instituciones nacionales y mundiales, ha ayudado a dar orientaciones prudentes y a promover la justicia, los derechos humanos y la reconciliación de los pueblos. Esto ha permitido que “la Iglesia sea reconocida socialmente en muchas ocasiones como un ejemplar de confianza y credibilidad” (98).

En entrevista realizada durante el Congreso Continental de Teología, en 2012, P. Agenor Brighenti constató que la Conferencia de Aparecida dio un nuevo impulso a la tradición latino-americana, tejida en la “recepción creativa” del Concilio Vaticano II. “Este momento rescató Vaticano II en sus intuiciones básicas y ejes fundamentales, así como el ‘rostro latino-americano’, plasmado en hago a las Conferencias anteriores”, refleja el teólogo. En la verdad, desde su promulgación en 2007, el Documento de Aparecida viene siendo un propulsor de la renovación de la vida pastoral en nuestro Continente. La ampliación de conceptos teológicos y eclesiológicos traídos por Aparecida proporcionó un nuevo paradigma pastoral vuelto para la misión e iniciación cristiana, a fin de que los cristianos se hagan discípulos-misionarios. A partir de esta ‘conversión pastoral’ (370) lo que antes de Aparecida era una pastoral de conservación y mantenimiento se transformó en una pastoral misionaria. Inspiradas en la Conferencia de Aparecida, por ejemplo, las Directrices Generales de la Acción Evangelizadora de la Iglesia en Brasil (2011-2015) orientan las nuevas parroquias misionarias a no concebir la actitud misionaria al lado de otros servicios y actividades, “pero de dar a todo lo que se hace un sentido misionario, estableciendo, en este conjunto de actividades desarrolladas, algunas urgencias que ayuden a todos los bautizados a efectivamente reconocerse misionarios.”

Recordando el testimonio valiente de nuestros santos y santas, y aquellos que, inclusive sin haber sido canonizados, vivieron con radicalidad el Evangelio y ofrecieron su vida por Cristo, por la Iglesia y por su pueblo en nuestro Continente, recemos para que el despertar misionario promovido por la V CELAM en Aparecida, en la forma de Misión Continental “pueda llevar nuestros navíos mar adentro, con el poderoso soplo del Espíritu Santo, sin miedo de las tormentas, seguros de que la providencia de Dios nos proporcionará grandes (y buenas) sorpresas”(551).